



Juan Eduardo Zúñiga  
Flores de plomo



Lunes 13 de febrero de 1837, en Madrid. Es día de carnaval y de muerte. El escritor y periodista Mariano José de Larra se ha suicidado de un tiro en la sien. Tomando como motivo este hecho trágico, Juan Eduardo Zúñiga evoca en *Flores de plomo* la cadena invisible que une los actos a las emociones que éstos despiertan, en la obligada dependencia de los destinos humanos. El suicidio de Larra imprime a esta sobrecogedora narración un clima de inquietud y desasosiego que alcanza a sus personajes, históricos y ficticios, y lo que ellos sienten no hace sino confirmar obstinadamente el motivo último de este acto definitivo. *Flores de plomo* establece con el lector un juego sutil de ausencias y crea durante su admirada lectura un mosaico de pequeña: piezas maestras que sabiamente engarzada dan lugar a una narración tan original como impactante.

## Doblan las campanas de Santiago

Desde los baldíos de Santo Domingo y Leganitos, un viento duro sopla briznas de nieve y sacude los bordes de la capa hasta enredar las piernas y obligar a la mano enguantada a sujetar el ala de la negra chistera y entornar los ojos que apenas ven el suelo empedrado, tan conocido, según entra en la calle Angosta de San Bernardo y entonces le parece que una voz de mujer grita muy lejos «¡Mariano, ven, Mariano!», pero es el zumbir del viento en los oídos, fue su imaginación o su deseo de que alguien le llamara y él volverse atrás, tan deseoso de eludir el encuentro, aunque el frío le hace desear la casa adonde va, no andar por calles en las que no hay sino la nublada tarde que anuncia el presto anochecer, y en el alero de un tejado algo se mueve y repite un chirrido casi animal, cual un pájaro allí enganchado y doliente.

A don Mariano José de Larra, el periodista, le extraña el olor a madera quemada en el portal oscuro y oír el crujido de los escalones bajo sus pisadas y cuando entra en el despacho del cronista, que espera su visita, nota en la cara el comfortable calor de la chimenea francesa bien cargada que crepita por el tiro vivaz a causa del viento, y hacia el fuego van sus ojos atraídos por la claridad de las llamas, y delante, está don Ramón de Mesonero Romanos que alza su mano para tenderla y estrechar la otra, breve y huidiza.

—Una tarde muy fría —exclama y ambos se vuelven hacia el balcón de luz grisácea que, dejando una parte de la habitación en sombras y al desdibujar ambos rostros, rompe sus fisonomías conocidas y las convierte en imperfectas muecas forzando a decir al recién llegado:

—Están las calles llenas de máscaras —aunque la de La Montera estaba sola como si el aguanieve hubiera apagado los pitos, las voces estridentes, el cacareo que acompañan al carnaval, y el frío entrara a través de los disfraces y ropas de trapero de las máscaras y cual cuchillo, se clavara en la carne e impulsara a buscar un refugio bajo techo y sentir la buena temperatura que él ha percibido en el despacho tras cruzar entre las pesadas cortinas que luego se cierran a su espalda.

—Tomaremos café —y la mano de don Ramón tira del llamador y lejos suena la campanilla y los dos hombres se miran sin verse claramente, aunque el dueño de la casa sabe a quién tiene delante, el cual se fija en el balcón y en los cristales que mantienen la luz plateada del cielo nublado sobre la calle por la que no pasa un alma, acaso deseando él regresar a ella, evitar aquella conversación, volver al helado soplo que llega de la sierra o de los campos de Carabanchel a medias manchados de recién caída nieve.

—Esta noche, sin duda nevará —y se sienta donde se le indica, junto a la mesa ocupada por papeles, libros, un reloj inglés que cuenta con su compás el tiempo, un gran tintero, abierta una de sus tapas de plata, en cuyo reflejo se mueve la figura del cronista que arrastra su sillón para aproximarlo a su huésped, el cual baja en aquel momento la mirada a las botas y ve el barro adherido a ellas y seguidamente piensa en las calles de París, en altos edificios alargando bulevares en la niebla y sabe que ese barro estuvo siempre en su calzado, ya pisara Valladolid, las aulas de San Antón, las redacciones de los periódicos, o el palacio del duque de Frías, como un enorme peso. Oye unas palabras:

—Es algo importante lo que debo decirle.

Ya sentado muy cerca, inclinado hacia adelante, apoya una mano en el brazo de Mariano, le roza para atraer su atención que ha huido de sus ojos y éstos suben desde las botas a la bata de lana que viste el cronista, y a su cuello envuelto en un pañuelo también azul verdoso y suben más,

hasta la cabeza con anteojos pequeños de montura de plata, unos ojos huraños que giran hacia la puerta donde sueñan dos golpecitos, y una sirvienta entra llevando la bandeja con el servicio de café que deja en la mesa ante ellos y, al erguirse, pasa una lenta mirada por el rostro pálido del visitante, por su perilla afilada, su bigote y el tupé negro sobre la frente.

—¿Importante? Hoy... las calles... —observa las tazas, la cafetera de porcelana, un jarrito con leche, los azucarillos y un plato donde hay bizcochos, y todo tintinea entrechocando, en equilibrio la bandeja sobre unos libros, y fuera, en el alero, algo, no se sabría qué, da su agudo y monótono chirrido; aunque no fuese un pájaro, lo parece, allí prendido, aleteando en el frío de la tarde, mientras don Ramón sirve el café en las tazas y pone en ellas el azucarillo, y al alzarlas ambos y acercárselas a los labios, miran la negra superficie del líquido a punto de beberlo del que se desprenden finas volutas de vapor, y con el primer sorbo comprueban su amargor.

—Yo debo... —comienza don Ramón pero se distrae no bien tiende la mano al jarrito de la leche y lo coge y lo aproxima a la taza del visitante y en ella vierte un poco y lo mantiene en el aire porque inclina el torso hacia adelante y murmura, moviendo con exageración las cejas—: Es importante para usted.

No prosigue porque más allá del balcón, en la calle, se oye un lamento largo, sostenido, que tras unos segundos se convierte en los compases de un fandango que alguien entona pero Mariano, al mismo tiempo, ha oído lejos el tañido de las campanas de una iglesia.

—Las máscaras —se le ocurre decir pues las ha visto y oído en la esquina de la calle de Carretas, que se arremolinaban en torno a la mujer que blandía una botella, mojados sus harapos y caretas despintadas, con botas de vino colgadas del hombro, en el vacío de la Puerta del Sol, por la lluvia brillantados los adoquines; y el aullido nasal que

dan constantemente, el viento lo esparce igual al presagio de inquietante amenaza, pero saber que están allí, en la misma calle, tiende entre los dos hombres una brusca línea de extrañeza y las tazas se separan de la boca a la espera de escuchar algo que venga después. Pero sólo, en el silencio, el chasquido del reloj que se agiganta y se superpone al crepitar de la chimenea que poco a poco va cediendo a una tibia oscuridad, y mientras toman sorbos de café, hunden en él los azucarillos y respiran su aroma, la tarde declina y la entrada de luz por el balcón se amortigua.

—Debo decirle algo importante, amigo mío —coloca la taza sobre un libro y de nuevo vence el cuerpo hacia Mariano pero éste está fijo en la esfera del reloj: apenas visibles, las manecillas marcan las cinco y media y pronto se hará de noche y una máscara de pasos vacilantes, con la cara tapada por el pedazo de tela, llevando un gorro extraño, avanza hacia él, viene desde lejos, atravesando plazas encharcadas, ha salido de la iglesia de Santiago, y se le acerca.

—Están las calles llenas de máscaras —y él también deposita la taza vacía en la bandeja y se pasa la mano por las sienes, precisamente donde nota una ligera presión como si un poco del tufo de la chimenea llegara hasta ellos y empañara las palabras, que repite— llenas de máscaras —y ve que don Ramón asiente con la cabeza.

—Algo importante relacionado con... —le interrumpe que llaman a la puerta pero no entra nadie y don Ramón vuelve hacia allí la cabeza y tras unos segundos encoge los hombros y continúa—: Con doña Dolores, relacionado con doña Dolores.

Ahora Mariano ve la cara pálida y seria del cronista, que hace un gesto afirmativo, y se imagina que lleva un antifaz que se quita y se pone y en las dos aberturas están sus ojos insistentes, y no sólo es la sirvienta la que le contempló con rara atención sino también el que le citó y ahora le atisba para descubrir sus pensamientos, y si le ha convocado en

su despacho es para tratar de algo que él no quiere saber, y le ha rodeado de elementos engañosos, como eran la templanza, el azucarado café, la paz y recogimiento de aquella habitación, pero de un momento a otro tendrá que oír lo que teme.

—Un antifaz —involuntariamente dice y a esta palabra, don Ramón, que no la ha oído, responde levantando un dedo autoritario, extendido para anunciar que va a hablar sobre la mujer, esa que precisamente ha escrito a Mariano que irá a verle a las ocho de la noche, y que irá acompañada de una amiga, y llegarán envueltas en amplias capas de invierno y las capotas ocultarán casi los rostros pero, cuando los descubran, puede ocurrir que las vea con antifaz y quienes sean realmente las dos mujeres va a quedar en secreto y sólo la voz será lo reconocible.

—Doña Dolores, la señora de Cambronera, ha venido a decirme —pero ahora es Mariano quien se incorpora y alza las dos manos con el movimiento de quien pretende detener un peso que viniera hacia él, y exclama:

—No, Dolores, no.

Tan bella, tan alegre, con mejillas vibrantes de buen color y unos brazos torneados como los de las esculturas de las fuentes del paseo del Prado: así la recuerda aunque ella le rehúye hace tiempo, porque él poseyó sus proporciones, sus movimientos, sus desplantes en broma, y ahora no es suya y tiene el presentimiento de nunca más poder acariciarla.

—Sí, sí, esta señora vino a decirme... —se calla, tantea en el escritorio hasta dar con la cajita del rapé y aspira un polvo y se mira los dedos mientras la cierra y la mete en el bolsillo de la bata—. Es penoso, pero... le odia a usted.

Al bajar la voz se percibe en el tejado próximo el chirrido metálico, igual al ruido de las bisagras de una puerta, ruido tan claro que ambos dirigen la vista hacia las cortinas de la entrada y luego, al balcón y los cristales, ya completamente negros pero reflejando el brillo rojizo de las llamas y

otros brillos que le hacen a Mariano volver el rostro a un lado y a otro y acaba por respirar con fuerza, conteniendo un suspiro o un borboteo en la garganta.

—Le odia a usted, francamente, debo decírselo.

Ahora, la máscara lleva en las manos algo agudo y acerado: le amenaza con ello igual que otras veces sintió el peligro, ya fuera en Avapiés o en las Ventas del Espíritu Santo, barrios de mala gente; sentir que algo va a ocurrir en contra suya y bajo el escaso círculo de luz de una farola, sombras imprecisas le acechan porque a lo largo de años ha visto crecer la envidia por sus artículos satíricos y la maledvolencia en torno suyo, y sus rivales, cortesanos complacientes, no cejan de difamarle.

—Quiere que le devuelva usted sus cartas —al oír lo cual Mariano tiene ante sí un trozo de papel donde con letra torpe e irregular se anuncia una cita o una negativa, y esos restos de una relación de amor están atados con un bramante y se guardan en el fondo de un cajón del escritorio porque su lectura no puede evocar nada y no sugieren la tensión y el ardor de los pasados encuentros y el último billete recibido era sólo el aviso de que iría a su casa a las ocho pero no con el fin de reconciliarse o hablar serenamente sino para recuperar aquellos insignificantes papeles, todos sin firma.

—No sabe escribir —murmura y otra vez, en la distancia, suenan lentas campanadas, y él ve a una mujer sin cara, pero que es Dolores, indudablemente, apoyada en una esquina y de ella fluye la corriente del deseo, de la cálida atracción carnal por la morbidez bajo sus vestidos que agita el viento y la oscuridad, y esa oscuridad se posesiona del despacho de don Ramón y recubre los sentidos de Mariano: la sombra de la tristeza, de la desilusión le vence el pensamiento; sólo mira las botas embarradas—. ¿Por qué sonarán esas campanas ahora? —se pregunta.

Don Ramón le pone una mano en la rodilla.



—Es penoso, amigo mío, lo comprendo —y a continuación el cronista se levanta, va a las cortinas, abre la puerta y grita:

—Julia, traiga más café.

Cuando venía, pasada la calle del Espejo, ha visto una reyerta: entre gritos de mujeres, dos hombres disfrazados se golpeaban y cruzaban las navajas y uno de ellos debió de recibir en un costado la del rival porque se le doblaron las piernas y cayó de rodillas. Él se apartó y casi fue a tropezar con una guitarra que estaba en el suelo, en un charco de la reciente lluvia, tirada allí por aquellas máscaras que acaso venían de los barrios del río e iban hacia la Plaza Mayor en busca de algo que ni el carnaval podría darles.

—Una guitarra rota —se le viene a la cabeza porque se siente herido por la pasión imposible ya y la decepción desesperada, y sin darse cuenta de lo que hace, se pone de pie y va hasta el balcón pero allí no ve sino su pequeña estatura silueteada por la luz de las llamas; pegado a los cristales cree oír, muy lejana, una voz—: ¡Mariano, ven, Mariano! —pero se niega a escucharla y da unos pasos, vuelve a sentarse frente al cronista, que le parece súbitamente envejecido, y los dos callan hasta que suena la puerta y por la separación de las cortinas entra un candelabro de tres velas encendidas y detrás, la sirvienta que lo lleva y se acerca hasta la mesa donde coloca la intensa luz que los deslumbra, y sin proferir palabra, la mujer deja ante ellos una cafetera blanca y al dar media vuelta se detiene un segundo y mira a Mariano. Unos ojos de porcelana, de hierro, de carbón, le recorren, le miden, le atraen y le sujetan allí en la silla en la que está recostado e incluso cuando ella ha dado dos pasos, le sigue dominando desde la altura y se va con la arrogante cabeza levantada.

—Me ha encargado que se lo diga. Yo creo... —pero Mariano señala con su mano izquierda hacia la puerta, cegado por la brusca aparición de la luz, con las cejas contraídas.

—¿Quién es... esa mujer? —y seguidamente, la mano que ha indicado las cortinas, que aún se mueven, sube hasta cubrir los párpados y por la boca entreabierta aspira hondamente para llenarse el pecho. Oye que el cronista dice:

—Pues Dolores, Dolores de Cambronera.

La ve a ella en los arcos de Platerías, y de pronto, igual que en una pesadilla, la ve en la entrada de la plaza de toros, entre majos y picadores, en la oscura redacción de un periódico, en la escasa luz y olor a humedad del café de Venecia, en el mentidero del atrio de San Felipe el Real. Como un fantasma transparente que volviera del otro mundo a revelar su ignominia, la ve ante una partida de carlistas armados con trabucos, ante un grupo de cesantes en la calle de Sevilla, ante los penitentes de la procesión del Viernes Santo, ante unos gentiles-hombres que salen de palacio, y ella, la única a la que él ha amado ciegamente, sonríe, chasca los dedos y avanza entre los hombres que han descuartizado al general Quesada y entre una multitud furiosa que golpea con piedras a frailes despavoridos, acusados de envenenar las fuentes; junto a ella, un aguador vestido con harapos, la cara cruzada por dos cicatrices, grita: «¡Yo soy vuestro rey, don Fernando el séptimo!».

—¡Válgame Dios, en qué país vivimos! —se lamenta.

Al bajar la mano encuentra que don Ramón está echando café humeante en las tazas y le tiende una y luego coge dos bizcochos y se los empieza a comer a la vez que parpadea, fatigado o nervioso. En el balcón, la persiana de madera da un golpe y suena la falleba y también vuelve a sonar el ruido agrio en el canalón como arañazos insistentes, y en la chimenea un tronco se mueve entre los tizones y revelan chispas; mientras, los dos hombres beben el café, absortos.

—... un pájaro enredado en el canalón, sin poder soltarse, sin poder huir lejos, escapar, dejarlo todo, librarse de

todo —y aunque ha pronunciado muy bajo estas palabras, don Ramón le contempla sorprendido.

—¿Un pájaro? ¿Qué pájaro es ése?

—Yo no me opongo a devolverle las cartas. Esta... precisamente, vendrá a casa por ellas —exclama en voz más alta.

—Imagino que usted sabe todo... Ella tiene relaciones con Juan Bautista Alonso, ya de antes de separarse de Cambronero, antes de irse a Badajoz.

Mariano hace un brusco gesto de sorpresa, con la taza en la mano.

—No puedo creerlo. ¿Se lo ha dicho ella?

En el lóbrego café de Venecia, ante un chocolate ya frío, está Alonso, el pasante de Cambronero, que escribe con una gran letra de amplios rasgos en ese papel de barba de las notarías: Alonso, tan ridículo, tan afectado, de cuyo único libro de versos él hizo una crítica hiriente pero tan hábil que el poeta se creyó elogiado, y ese hombre ha atraído a Dolores, la enamoró quizá...

—Otras personas también lo saben, ya hace tiempo. Usted lo sabría.

Pero Mariano niega con la cabeza y sigue haciendo tal movimiento como de autómata mecánico porque ha escapado muy lejos y se ve en una calle de Valladolid, en su tímida adolescencia: espera oculto tras un seto delante del Hospital Mayor y espera hasta que al anochecer su padre aparece, acompañado de la joven de la que él, en absoluto secreto, está enamorado y entonces comprende que los dos son una pareja de amantes, y descubrir aquello es su mayor sufrimiento, y ahora la inesperada noticia de don Ramón le renueva un desgarrado dolor íntimo.

—Alonso, ya le conoce usted, es hombre sencillo, muy educado, eso sí.

Había mirado la guitarra tirada en un charco y pasó por su cabeza que las cuerdas aún guardarían un leve rasgueo que se apagaría hasta hacerse inaudible: así, otros sonidos,

otras voces, las que suelen rodearle, en un café, la vocecilla de su hija, la sonería de su reloj, todo se iría atenuando hasta un silencio total deseado. Pero de nuevo, el tañido lejano vuelve a oírlo y ahora lo reconoce: son las campanas de la iglesia de Santiago, al lado de la cual él vive.

—Doña Dolores, habrá visto en Alonso, acaso, que también es huérfano como ella.

—¿Huérfano? —se pregunta Mariano y vuelve a tener ante él la figura severa y altiva de su padre—. Yo también lo soy —dice.

Se pone de pie porque la entrevista ha terminado y debe regresar a su casa de la calle de Santa Clara para esperar la llegada de Dolores. Tendrá que despedirse brevemente del ilustre cronista, recogerá su capa y la chistera en el vestíbulo y bajará a tientas la escalera y saldrá al frío de las calles oscuras, cruzará ante la iglesia de San Luis, pasará a la calle de los Hermanos Preciados y, por el arco de Capellanes, a Celenque, donde encontrará un grupo disfrazado, hombres con ropa de mujer dando gritos atiplados y mujeres que ciñen sus abultados cuerpos con estrechos pantalones, y en la abertura de la boca de las caretas ponen el pitorro de la bota y, alzándola, beben mientras los moja el aguanieve que a ratos cae. Atravesará la ciudad donde nació, dejará atrás las envidias, la ignorancia, atravesará la historia reciente de la política española, de las elecciones de agosto en las que él fracasó como diputado, pasará delante de adustos conventos y cuarteles, cruzará por redacciones de periódicos venales, entre grupos de ociosos que soportan, junto a los escaparates de las tiendas, el agua helada que trae el viento; seguirá por la calle Mayor donde hombres embozados parecen vigilarle y donde unas mujeres le llamarán; él pensará que no sólo en este lunes de carnaval sino durante años, ha vivido rodeado de caretas, falsos rostros y falsas palabras, y él mismo, al escribir sus artículos de oculta intención, o cuando exaltaba sus amores en el drama *Matías*, quería cubrir toda su vida con

una máscara mentirosa y así ha ido madurando en años y trabajos, ocultando su auténtico ser. Verá ante él a un farolero que va prendiendo las escasas farolas.

—Yo también con mis ideas he querido iluminar, alumbrar mi época, este país de sombras —se dirá— pero no he podido.

Al entrar en la plaza de Santiago tendrá enfrente la fachada del templo y se preguntará por quién doblan las campanas, por qué las oyó, tan lejos, cuando estaba en casa de don Ramón, qué auguraban: quizá que Dolores llegaría a visitarle con la careta de la muerte y tras marcharse, llevándose las cartas, nada restaría del amor y las promesas, y sólo pondría digno final a todo abrir el estuche de las pistolas y empuñar una, decidido, para llevarla a la sien derecha y apuntar a Fernando VII, a su padre, a Juan Bautista Alonso, al astuto Martínez de la Rosa, al ministro Calomarde, a Dolores Armijo, al pretendiente Don Carlos, al editor Delgado, a toda una amarga patria, y apretar el gatillo sin vacilar.

## Inclinaciones equívocas

Había enviado un recado al periodista con el ruego de que viniera a verle pero al mediodía se arrepintió de haberlo hecho: las nubes se adensaron y su gris turbio cubrió la luz que entraba por el balcón y vio sueltos copos de nieve volados en el viento; la tarde se hizo más desapacible y al mirar la calle se extrañó de verla tan desierta y húmeda, acrecentando la desazón de aquella entrevista. Hubiera preferido no hablar entonces con Larra, mejor otra vez, paseando por algún sitio animado, con sol, con gente y bullicio que aligerase el peso de las palabras que pretendía decirle.

Las recita una vez y otra mientras da paseos y va de la mesa al balcón: «Dolores Armijo ha venido a decirme que no le quiere a usted. Olvídese de ella».

Se detiene y mira la silla en la que estuvo sentada la joven: en su asiento tapizado color granate puso la morbidez y la ternura de sus nalgas y parte de sus muslos y la traslúcida imagen de un cuerpo de mujer en su despacho, ante él, le estremece y le aviva la respiración.

Vestía un abrigo francés con los bordes de piel negra y con una pequeña esclavina, airosa, y él había observado que debajo llevaba un corpiño claro, color hueso, sobre una amplia blusa blanca y a lo largo del delantero caían cintas verdes de la capota que le enmarcaba el encantador rostro. La recuerda con tanta nitidez que musita entre dientes: «¡Qué preciosa es!».

Vuelve la cabeza hacia la gran chimenea, en la que arden unos troncos, y sobre la repisa ve el bibelot de porcelana que él estuvo comprobando ayer porque le pareció rota la base. Es una mujercita que sujeta en la cabeza una co-

rona de flores, con una actitud que, cuando siendo niño él la miraba, creía de gran elegancia. Da dos pasos, se aproxima a la figura que estuvo en casa siempre, que se salvó de roturas a pesar de mudanzas y de años; se fija, como si de pronto le fuera ajena y la encontrase allí por primera vez, en su forzada postura de los brazos, con la corta túnica que la deja medio desnuda, le desagradan las formas prominentes del cuerpo y su postura lasciva. «¿Pero qué hace esto aquí?» y se siente culpable de haber guardado el bibelot sin valor alguno, colocado en un sitio que preside su despacho. Ha de quitarlo de allí, tirarlo a la basura, romperlo pero le viene a la memoria que cuando sintió las primeras atracciones de la mujer, había tocado con la punta de los dedos aquella figura como si acariciara auténtica y blanda carne. Desvía la mirada.

Dolores Armijo se había sentado ante él y la falda marcaba las rodillas y bajaba hasta las puntas de unas botitas negras; resplandecían los ojos, los labios, las mejillas enmarcadas por los lados de la capota de paño, y don Ramón, joven pero ya respetado como escritor maduro y persona acomodada, le hizo un gesto de saludo o deferencia o de incitación a que le hablase pero toda la fuerza de su atención tendía no a escucharla sino a imaginar abrazarla, besarla, arrancarle la ropa.

Por su cabeza vuelve a pasar lo que planeó decir a Mariano José de Larra, para lo cual le había citado por la tarde, y él se lo espetará: «Dolores no le quiere a usted». Como en un desafío, cuando el rival baja la espada, o no la lleva, y se le tira a fondo un golpe mortal que le romperá el alma y las ilusiones, de esta forma él va a mortificar al distinguido periodista, a Fígaro, tan mordaz, tan inteligente, tan antipático, amante de una mujer tan bella.

Dolores bajó la vista y frunció la boca y le dijo que Juan Bautista Alonso, el pasante de su suegro, era una persona seria, que a ella la respetaba y la consideraba y en cierta ocasión había sido tan amable que le había dedicado una